

recieron, ó tendieron á desaparecer apenas un gobierno central pudo sustituir á la comunidad, ofreciendo al individuo la protección que primero aquélla había logrado darle.

Además de los individuos de la familia que compone la comunidad, y que comparten sus beneficios, existe cierto número de criados, consistente en forasteros que van á ganarse la subsistencia, y en individuos sueltos de otras comunidades, con las cuales no corrían bien;



Un mercado en Marruecos.—De una fotografía instantánea

casa casarse con el criado ó mozo. En tal caso se estipula que éste trabajará cierto número de años sin recibir otro salario que el alimento y vestido. Este contrato recuerda el que celebró Jacob con Labán para obtener la mano de Raquel; lo cual nos enseña cuán poco han cambiado los usos entre los Arabes sedentarios, desde los tiempos bíblicos; pues también sucede ahora como en aquella remota edad, que el suegro reclama á veces una prórroga de servicios no estipulada en el contrato.

Tanto si el mozo se casa con una hija del patrón, como si economiza bastante dinero para casarse con otra, comprar algunas cabezas de ganado y emprender un cultivo por su propia cuenta, aquel estado no es, entre esas poblaciones primitivas, sino una cosa transitoria, destinada á conducir á una posición superior.

Como todos los orientales, las poblaciones de

ó de comunidades disueltas por reveses de fortuna, ó por cualquier otro motivo. Empléase particularmente á estos mozos en las faenas campestres, tratándolos como verdaderos asociados; á cuyo efecto su salario consta de un tanto por ciento, que generalmente es la cuarta parte de la cosecha que su trabajo produce. Además son tenidos por individuos de la familia, y comparten la mesa con ella, viéndose frecuentemente á una hija de la

que acabamos de hablar son polígamas, siendo esto consecuencia de necesidades que ya examinaremos en otro capítulo: baste decir que las necesidades son tan apremiantes, que las mismas esposas procuran inclinar á sus maridos á tomar otras mujeres.

Como sucede en todas las regiones cercanas al desierto, ó sea en la mayor parte de la Arabia, la población sedentaria del Haurán está en contacto con los Arabes nómadas, los cuales, no pudiendo vivir únicamente del producto de sus ganados y de la cría caballar y camellar, se ven obligados á dedicarse al pillaje.

Así los intereses de los nómadas y los de los sedentarios son tan opuestos como los de los cazadores y los de la caza; por tener los primeros un empeño especial en comerse á la segunda, y ésta un empeño no menos cuidadoso en no servir de alimento á los primeros; pero

como la necesidad es el más poderoso y eterno factor de los actos humanos, ha llegado fácilmente á conciliar, al menos entre los Arabes, aquellos intereses contrarios; comprando los sedentarios la protección de los nómadas, me-

diante un tributo anual; y los nómadas protegiendo á los sedentarios á fin de que no falte la paga. Bien es verdad que en resumidas cuentas equivale para el sedentario á renunciar á una parte de la cosecha á fin de salvar lo restante;



Una antigua calle del Cairo.—De fotografía

pero eso equivale en otra forma á lo mismo que punto por punto hace el hombre civilizado; el cual da á una compañía de seguros una cantidad, en representación de una parte de su cosecha, con objeto de garantirla; y al gobierno, otra parte de la misma cosecha, á fin de sostener á la guardia civil, á los jueces y demás empleados que tienen la misión de protegerla.

Como los Arabes de quienes hablo carecen de un gobierno capaz de sostener una policía y un ejército para impedir los merodeos, prefieren subvencionar á los mismos merodeadores, siendo el resultado idéntico, y el gasto parecido.

En cambio del tributo pagado por las aldeas árabes á las tribus nómadas vecinas, éstas se

convierten en aliadas de los sedentarios, y tienen el deber de defenderlos, si otros nómadas los atacan; pero casi nunca sucede, porque ninguna tribu se siente aficionada á meterse en una guerra en que ganaría poco, atacando una aldea protegida por otra tribu.

Las habitaciones de los sedentarios del Haurán son casi idénticas á las que se ve en Siria. Cada casa consta de las habitaciones reservadas á los forasteros, de las correspondientes á la familia, y de diversas dependencias como patios, caballerizas y otras. Las techumbres de las casas son casi siempre azoteas ó terrados; la armazón es de madera, y las paredes de tierra amasada con los pies. El mueblaje se reduce á esteras en las cuales se tienden los moradores á la hora de dormir.

*Moradas.*—Dejando ahora aparte lo concerniente á la vida social de los Arabes á quienes he tomado por ejemplo, diré algunas palabras de lo que se refiere á la vida doméstica, como morada, alimento, costumbres y demás de los Arabes sedentarios del campo en diversas regiones.

Las casas de las poblaciones árabes de las clases medias é inferiores son doquiera de una extrema sencillez, distinguiéndose mucho en este concepto de las casas lujosas de los Arabes acomodados, que describiremos en el próximo capítulo.

Todas tienen la misma disposición en todo Oriente; pero en los países donde se da á sentir la influencia europea, pierden muchos rasgos de su estilo primitivo, siendo necesario ir á ciertas aldeas de Siria, Argel y Marruecos para ver esas casas blancas, cuadradas, y con terrado, que tienen la forma de un cubo con estrechas ventanas en algunas partes, y que cuando están rodeadas de palmeras adquieren un aspecto oriental muy característico.

Los elementos de construcción de estas moradas, piedra, mortero, etc., cambian naturalmente, según los materiales que se hallan en el país y según las necesidades del centro geográfico; por cuya razón todas las casas de los Arabes de orillas del Nilo están construídas únicamente con el limo de este río, del cual hacen unos ladrillos mezclados con paja machacada y secados al sol. Raras veces tienen esas casas más de tres metros de altura, entrándose en ellas por una puerta estrechísima; y en las de los fellahs más pobres no hay otra abertura que ésta. Las de las personas acomodadas constan de varias piezas, y hasta de varias construcciones inde-

pendientes, como casa-habitación, establos, palomares, etc.; cerrándolo todo una pared de tierra apisonada, cubierta de una capa de cal. Las esteras forman el mueblaje, siendo raro que haya un diván. Los trajes penden de las paredes; las esteras y cobertores que han servido para dormir se arrollan cada mañana, colocándose en vasares empotrados en las paredes. Generalmente encima de la casa hay un terrado.

Haré observar de paso que todas las habitaciones árabes de Egipto, y particularmente el palomar, tienen con las antiguas habitaciones faraónicas un parecido sorprendente; de modo que con frecuencia he tomado de lejos á estos palomares, grandes á veces como casas europeas, por las ruinas de algún templo. El palomar tiene completamente la forma del pylón, y las habitaciones siguen la misma tendencia hacia la forma piramidal que parece la ley arquitectónica del antiguo Egipto. Sin embargo, es el único ejemplo que cabe citar de la influencia de esta última en la arquitectura musulmana; bien que el ejemplo carece de importancia cuando se recuerda que las poblaciones de las orillas del Nilo descienden más de los antiguos Egipcios que de los Arabes.

*Alimentación.*—La de los Arabes de las clases pobres se reduce á galletas delgadas de pan, y á algunas legumbres y frutas, como plátanos, higos y particularmente dátiles. Pero en las clases más acomodadas es más variada, y muchas veces comprende carne. El plato nacional en Egipto es el arroz cocido con pollo, y en Argel el alcuzcuz, pasta de harina de trigo granulada, que se mezcla con diversas carnes entre las cuales abunda el carnero.

El Arabe más pobre, hasta el nómada, gastará siempre cuanto pueda para recibir á un forastero; y los platos, que en estos casos suelen ser numerosos, se sirven en una gran bandeja de cobre, en torno de la cual los comensales se acurrucan; y como no se usa cucharas ni tenedores, cada cual mete la mano en la masa, cogiendo lo que puede. Generalmente la carne se corta de antemano, se ponen varios pedazos en diferentes platos, y se los arrolla entre las palmas de las manos hasta formar una albondiguilla, teniéndose por un gran acto de urbanidad ofrecerla al invitado, y por una grosería no menos grande rehusarla. Sin embargo, reconozco que cuando ha hecho la albondiguilla uno de aquellos beduinos poco escrupulosos en observar el precepto de las obla-

Terminada la comida, presentan á cada comensal una jofaina con agua para lavarse las manos.

Aunque la cocina árabe es bastante rudimentaria, he tenido ocasión de asistir á comidas donde me han llamado la atención diferentes platos que me eran del todo desconocidos, y que ningún mal papel hubieran hecho en una mesa europea; particularmente diversos pasteles y cremas muy bien confeccionadas. Además, los Arabes son muy hábiles en todo lo que se refiere á confituras y dulces.

La bebida habitual de los musulmanes consiste en agua; pero en Oriente beben con frecuencia, y sin ocultarlo mucho, el raki, especie de aguardiente de dátiles mezclado con almáciga. Es inútil añadir que en las comidas árabes, los hombres y las mujeres comen separadamente. Pero cuando el Arabe está solo en su casa, el padre de familia es servido con todo respeto por sus mujeres é hijas, ninguna de las cuales come hasta que él ha terminado.

*Trajes.*—Cuando se observa en cualquier periódico ilustrado las variaciones de traje que en un solo siglo se han efectuado en Europa, se ven transformaciones que dan una idea bien extravagante de la movilidad de ideas europeas, y de las caprichosas alternativas que el gusto llega á tener en ciertos momentos. Si, por el contrario, estudiamos los cambios de traje que han verificado los Arabes en doce siglos, hallamos una uniformidad, que si necesario fuese bastaría por sí sola, á falta de otras pruebas, para demostrar la fuerza que las tradiciones tienen en esta raza. Sin duda el traje de los mahometanos dista mucho de ser idéntico en todas las partes de Africa, de Egipto, Siria y Arabia; pero á través de la variedad de formas, se ve con facilidad un gran parecido; pues el traje queda siempre reducido á una especie de túnica y capa, siendo ésta azul ó negra en Egipto, blanca en Argel, y con listas blancas y negras en Siria, etc. La pieza con que se cubren la cabeza es quizá lo que más ha cambiado; bien que sin salir de límites reducidos. En Egipto se usa el fez y el turbante; en Siria el kuffieh,

pañuelo de vivos colores atado á la cabeza con un cordón de pelo de camello; y en Argel el velo blanco sujetado también del mismo modo.

El traje de las mujeres no varía sino en las de la clase acomodada. Entre las pobres se compone generalmente de una larga túnica de tela, ceñida á la cintura, y de un velo que cubre el semblante, sin dejar ver más que los ojos. El vestido consiste en Egipto en una sencilla túnica de algodón azul, sin rastros de corpiño, ni de corsé; artificios que son no sólo desconocidos en Oriente, sino también inútiles. A pesar de esto las mujeres de las orillas del Nilo tienen un porte altivo y majestuoso que recuerda el de las diosas de la Grecia antigua, y deja estupefactos y admirados á los artistas. Cuando se las ve caminar gravemente, con el pecho saliente y los hombros sueltos, llevando con gracia en la cabeza el ánfora, es imposible dejar de pensar que nuestras más hábiles modistas no han logrado jamás, á pesar de sus costosos artificios, dar á una europea un porte tan atractivo.

A fin de no ocuparnos más del traje cuando estudiemos á los Arabes de las ciudades, añadiremos que en las clases más acomodadas, los vestidos, aunque más complicados, son siempre preciosísimos, consistiendo en camisas de seda ó de gasa, en cortas chaquetas, bordadas de oro, anchos pantalones, etc. Cuando las mujeres salen van siempre envueltas en un ancho manto y cubierta la cabeza con un velo.

En conclusión, sería inútil extenderse más acerca del traje entre los Arabes, cuando los numerosos grabados diseminados en esta obra son preferibles á todas las explicaciones. Ya se trate de vestidos, de tipos, de monumentos y de cualquier otra cosa susceptible de figurarse, creo que más bien dibujándola que describiéndola, lograré dar al lector la imagen fiel de esa sociedad oriental, tan diferente de la nuestra, y en la que no puede pensarse, sin que surja en la mente una visión de formas seductoras y de colores deslumbrantes.